

La décima edición de la muestra de cine más pequeño del mundo

El pájaro, un nido; la araña, una tela; el hombre, Ascaso

Texto: Pablo Janssen, Fotos: Juan Zamora Lamas

En Ascaso ya se notan las primeras señales del otoño oscense. Esta pequeña aldea, perteneciente al pueblo de Boltaña, se sitúa a unos 1000 metros de altura en lo que parece un hombro del monte Nabaín. Aquí es donde el dominguero promedio empieza la subida a la cima, en estas tardes de agosto que huelen a crema solar y cerveza tibia.

Desde arriba, Ascaso se ve como un pueblo de juguete, acariciando la montaña. Al sur se despliegan las últimas estribaciones de los Pirineos. Sobre el río se acumulan unas nubes espesas y, entre las encinas, suenan los cencerros de las vacas. Raras veces ha sido tan cinematográfico el escenario de un festival de cine como lo es aquí en Ascaso.



“Desde arriba, Ascaso se ve como un pueblo de juguete” – Juan Zamora Lamas

Desde hace ya diez años esta aldea semidormida se convierte una vez al año en un foco cultural cuando, como dijo José Luis Rebordinos en la inauguración, se juntan “unos locos de toda España” a disfrutar de la amistad, de las montañas y más que nada del buen cine.

En el tumulto prefestiválico todos son expertos meteorológicos autodeclarados. Psicoanalistas de las manchas de Rorschach amenazantes que migran por el mapa del Sobrarbe en varias aplicaciones meteorológicas. *‘A las diez viene una tormenta gorda’. ‘Mira estas nubes, se mueven hacia el norte.’ ‘Pero es que va a llover, no podemos arriesgarnos a proyectar la peli aquí.’*

Yo me río entre dientes desde el margen periodístico. En Bélgica, donde nací y viví toda mi vida, no hay ni un día en todo el año en el cual uno pueda organizar un evento sin la posibilidad de que llueva a mares. Y eso nos ha hecho expertos en montar eventos impermeables. Observar una banda de españoles aterrorizados por la lluvia me hace tanta gracia como la que debe hacerles a ellos mi cara quemada los primeros días de primavera.

Poco antes de las siete de la tarde veo a Miguel Cordero, director del festival, debajo de un paraguas que, irónicamente, tiene una imprenta de los signos del zodiaco por debajo. Parece que, por lo menos

para Miguel, el festival pasará sí o sí bajo las estrellas. Llave o no. Sin mirarme, Miguel corta el nudo Gordiano. Se hará el espectáculo de luz y la inauguración en Ascaso. Si luego el tiempo sigue siendo tan inestable, bajarán todos a Boltaña para estrenar la película en el palacio de congresos.

El orgullo de la inauguración de este año es José Luis Rebordinos, director del festival de cine de San Sebastián. La ironía requiere que el número uno del festival de cine más grande de España abra el festival más pequeño del mundo.



Cine bajo las estrellas – Juan Zamora Lamas

El nombre de Rebordinos circula ya todo el día entre las casas de piedra de Ascaso. La gente siempre se comporta de una manera extraña cuando hablan de los famosos. Como si encontrarse con alguien famoso implicara una ruptura temporal de la vida cotidiana, como si sus palabras nos unguieran y nos dejaran un poco de esta aura semidivina que poseen las estrellas. Me espero una apariencia impresionante, alguien levitando unos diez centímetros sobre el suelo. Grande es mi sorpresa al ver que Rebordinos es un hombre humilde, de estatura baja, calvo; tal vez el que parece menos Rebordinesco de todos los que están aquí. Pero cuando habla, queda claro que habla con autoridad, humilde pero obviamente profesional y dedicado al arte del cine. El festival de San Sebastián también nació de un cinceclub. Entre amigos, desde el amor por el cine y por el poder que tienen las historias en reunirnos y provocar debates.

Miguel Cordero contrasta su festival con una visión moderna de cine reinado por los taquillazos. ‘El cine hoy en día literalmente nos consume. Te traga por la boca, y luego, después de la película te caga por una especie de entrañas subterráneas al parking de un centro comercial.’ En Ascaso buscan un cine que conecta a la gente, la cultura como un arma para crear mentes críticas y provocar debate.

Aunque muy poco tiene que ver con un centro comercial, el festival de cine de Ascaso también se ha

hecho famoso por su situación horrorosa de parking. El camino - asfaltado apenas el año pasado - sube curvando hacia el pueblo como si fuese dibujado por un arco de violín. Los coches se dirigen hacia arriba, donde dos voluntarios vestidos con chalecos reflectantes y armados con walkie-talkies acompañan al visitante para dar la vuelta. La idea detrás de esta proeza organizadora es que todos aparquen mirando abajo, por si surgiera alguna emergencia.

Pero el peligro nunca está lejos. A la derecha se abre el barranco, con la posible muerte, y la asegurada pérdida del coche. A la izquierda una zanja promete un lío arquetípico, seguido por atascos al estilo de las 6 de la tarde en Madrid.

Y gracias a dios. Para conmemorar la décima edición del festival, una mujer francesa anónima respeta la tradición y manda su furgoneta a la zanja. Pablo, uno de los voluntarios de siempre, me pasa corriendo con la cara pálida. *‘Que se ha atascado un coche, bajen a ayudar!’* En menos de cinco minutos somos 15 personas empujando la furgoneta. Afortunadamente, en Ascaso todo se resuelve..



Muestra de Cine de Ascaso – Juan Zamora Lamas

Según Miguel Cordero, uno de los motivos para organizar el festival siempre ha sido el de llamar la atención sobre la despoblación del medio rural. *‘Queremos mostrar que aquí hay vida, hay algo que no se puede olvidar. Y también que merecemos que el estado nos traiga las instalaciones básicas: agua, gas y electricidad.’* ¿Será por eso que la décima edición se inaugura con un espectáculo de luz y sonido algo megalómano? ¿Para mostrarle al alcalde de Boltaña que aquí saben usar bien la corriente?

Como vecino de este festival, viviendo en una situación que se puede denominar *tecnológicamente primitiva*, me dejo llevar por la fantasmagoría, el hechizo del espectáculo de la tecnología moderna. Así se debieron haber sentido los pobres campesinos de Las Hurdes, cuando llegó Buñuel con su circo cinematográfico. Pero una cosa es cierta. Los jabalíes que todavía no habían huido por la invasión de

coches, ahora definitivamente se han ido al dulce refugio del monte aragonés.

A la hora de ver la película, la organización decide que la tormenta no permite quedarse arriba. A las diez y media empezará *A Media Voz* de Patricia Pérez y Heidi Hassan en el palacio de congresos de Boltaña, una de las salas de cine más feas que he visto en mi vida. Miguel intenta salvar la noche con su humor inagotable. ‘Al final sí estamos bajo las estrellas’, dice apuntando al techo del palacio, donde brillan unos focos grandes, de los cuales solo uno se ha roto. ‘Aunque la estrella polar se ha apagado.’

A Media Voz resulta ser una película de apertura muy digna. Cuenta la historia personal de dos chicas que dejaron su querida Cuba en busca de una vida mejor. Unidas en la nostalgia por su país y en las dificultades de reinventarse después de haber emigrado, las dos se mandan cartas durante un largo tiempo. *A Media Voz* encarna una visualización cinematográfica de sus vidas y de estas cartas, en lo que termina ser una especie de docuficción maravillosamente personal.

Si solo hay una cosa que me molesta es que la narradora haaabla muuuy lentaaaa y que la película resulta un poquito demasiado larga. Sin embargo, a las doce y media de la noche, Patricia Pérez sube al escenario y abre el coloquio de una forma inesperada. ‘Hoooooaaaaa buenaaaas nocheeee. Primerooooo quierooooo deciir que yooooo noooo habloooo asííí’. Resulta que un accidente de los técnicos hizo que se proyectara la película demasiado lenta. En vez de 1 hora y 20, nos costó casi 1 hora y 50 verla. Aunque simpatizo con el enfado de la directora, también me doy cuenta de que esto es lo bonito de un festival que pretende ser el más pequeño del mundo. Mientras que a José Luis Rebordinas por un error semejante le untarían con brea, le pegarían plumas y luego le echarían del País Vasco; aquí en Ascaso somos más indulgentes. Al final estamos entre amigos, y las cosas que fracasan se convierten en las historias que nos unirán durante los años que vienen.

Y si hay un tema que conecta a los largometrajes del festival de esta edición, debe ser la amistad. En *A Media Voz* es la amistad entre dos amigas del alma que se separan en estas aguas agitadas que llamamos vida, en el clásico *Dersu Uzala* de Akira Kurosawa es la amistad entre un cazador local y un capitán Soviético en la Taiga siberiana, en *Armugán: el último Acabador* de Jo Sol vemos la relación entre dos hombres que ayudan a los moribundos a dejar la vida atrás, y en *First Cow* de Kelly Reichardt y Jonathan Raymond es la amistad entre un cocinero y un inmigrante chino en el Oregón del siglo XIX. Amistades que además tienen lugar en circunstancias difíciles, como las del exilio o de la naturaleza salvaje.



‘Ya teníamos amigos muchos, pero ahora tenemos muchos más’ – Juan Zamora Lamas

‘Ya teníamos amigos muchos, pero ahora tenemos muchos más.’, concluye Miguel Cordero con lo poco de voz que le queda cada año al fin del festival. La décima edición ha sido esto. Un homenaje a la amistad entre los voluntarios y los visitantes fieles que hacen que la muestra de cine más pequeña del mundo sea posible, la nueva hermandad con el festival de cine de Contis, y la amistad del cine que según el codirector Nestor Pradés seguirá reuniendo cinéfilos en esta aldea perdida en medio del monte sobrarbeño.

O como abría *First Cow*, con una cita de William Blake. ‘El pájaro, un nido; la araña, una tela; el hombre, ~~amistad~~ **Ascaso!**’